





## EL PUEBLO VASCO BAJO EL IMPERIALISMO

(Extractos)

### 8

El imperialismo español y francés es aquí un imperialismo absoluto. Como han hecho siempre que han podido, los nacionalistas de España y Francia persiguen la liquidación de los Estados y los pueblos oprimidos como solución final. El que todavía no se ha enterado de eso no sabe en qué mundo vive ni con quién se juega los cuartos. Ignorarlo es la normalidad de los pueblos débiles, incapaces de conocer y afrontar la realidad de la opresión imperialista y colonialista.

Según la versión tradicional, oficial y constantemente reiterada por la Constitución, las leyes, la administración, la jurisprudencia, la doctrina y la propaganda monopolistas del imperialismo franco-español, el Pueblo vasco no existe, y lo que no existe no tiene derechos. La ideología imperialista niega ya en idea la misma existencia del Pueblo vasco para mejor destruirlo en la práctica. En lugar de naciones y pueblos el imperialismo establece demarcaciones territoriales administrativamente establecidas, los pueblos subyugados son inviábiles abortos, desechos sociológicos e históricos sin vigor vital, residuos étnicos o folklóricos inviábiles, poblaciones informes desprovistas de dignidad y de memoria histórica, incapaces de acceder a la vida social, política o jurídica, simples fragmentos pasivos e inertes de España y Francia, sin más leyes ni más derechos que los que les otorgan los pueblos y los Estados que detentan el poder político, arquetipos de perpetuo perdedor con el cual están de más consideraciones y contemplaciones. “La tolerancia y el respeto a las regiones y comunidades naturales” sustituyen a los derechos de independencia nacional, autodeterminación y legítima defensa de todos los pueblos, etc. Son aquí exclusivos del pueblo español y el pueblo francés, que son los únicos que hay.

Según el dogma que establecieron las Constituciones de la República francesa, no hay en su territorio otro pueblo que el francés. Lo confirmó todavía el Consejo constitucional, bajo presidencia nacional-socialista, para desvirtuar una equívoca o extravagante iniciativa de la propia presidencia de la República. El “derecho de autodeterminación de los pueblos y el principio de nacionalidades en versión francesa son su más radical recuperación constructivista, al servicio del nacionalismo imperialista.

“La soberanía reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado.” Toda política que afirme la independencia de los Estados y el derecho de autodeterminación de los pueblos ocupados, colonizados y anexionados, incurre en los delitos y crímenes establecidos, perseguidos y penados como “encaminados a destruir o menoscabar la integridad de España o la independencia de todo o parte de su territorio bajo una sola representación de su personalidad como tal nación. Todo separatismo es un crimen”.

Las circunstancias de la transición intratotalitaria llevaron al segundo franquismo a concesiones marginales que recuperó rápidamente pasado el peligro inmediato. La Constitución española, “que diseña el Estado Unitario de las Comunidades Autónomas” cita “los pueblos de España por su patrimonio, histórico, cultural y artístico”, con exclusión de toda soberanía. Los términos “el Pueblo vasco o Euskal-Herria” se recogieron formalmente “de acuerdo con la Constitución y con el presente Estatuto que es su norma institucional básica”, con exclusión de toda significación política, como la palabra nación se ha recogido en el último Estatuto español para Catalunya. El término nacionalidades como “distinto” del de naciones, se inventó y Constitucionalizó con el mismo fin, negar la realidad política y los derechos de los pueblos, una vez que “se procedió a la emasculación de aquellas, convertidas en castrones culturales”.

El segundo franquismo ha revisado luego tan exorbitantes concesiones. El “gobierno autónomo” de la Cav, en manos del partido nacionalista español, ha infringido incesantemente, desde su misma toma de posesión, la Constitución y el Estatuto que formalmente lo constituyen, excluyendo “ilegalmente” el término y el concepto de Pueblo vasco y negando expresamente que tal pueblo exista, sin que ninguna oposición o recurso se haya manifestado en todos los territorios sujetos a la Constitución y el Estatuto. Por el contrario, cuenta para ello con la anuencia y la asistencia, la mirada bovina, alelada y servil, la pasividad, el refrendo de los comparsas y servicios auxiliares indígenas de colaboración, complicidad y traición, que presencian impávidos, sobre fondo de morriones, cómo sus entrañables aliados de siempre liquidan sin contemplaciones el reconocimiento institucional de cuya “obtención” tanto presumieron.

Si los derechos de independencia y legítima defensa de los Estados y de los pueblos sólo pertenecen aquí a los pueblos y los Estados español y francés, que son los únicos que hay, entonces no hay aquí más pueblo, más nación, más Estado y más derechos que los de Francia y España. El negacionismo ha sido repetidamente avalado por los institucionalistas armados y desarmados, que reducen el “pueblo vasco” a una adscripción administrativo-territorial sin identidad nacional, “son vascos los que viven y trabajan aquí”. Un “nacionalismo vasco” que mantiene tales principios y prácticas es nacionalismo español y francés puro y duro, por mucho que se juegue con las palabras para falsificar y confundir las ideas.

El “gobierno autónomo” de la Cav no es un logro político del institucionalismo armado y desarmado, es la adaptación programada por el Estado español para evitar el desborde del régimen político unitario por la presión democrática del Pueblo vasco. Las instituciones y servicios auxiliares de la autonomía-trampa, son parte activa de la administración colonial del Estado ocupante al que pertenecen, proporcionándole los cuerpos indígenas de proximidad que necesita. Totalmente desprovistos de poder político propio, estos órganos administrativos locales, llamados pomposamente “gobiernos” por los gobiernos de verdad que los han creado, sirven la violencia, el terrorismo y la corrupción constitutivos del régimen colonial.

El imperialismo español y francés es aquí un imperialismo total. Ha adquirido y conservado el poder negando, destruyendo y sustituyendo previamente para ello las instituciones propias de los pueblos y Estados ocupados y colonizados mediante la violencia, la guerra, el

terrorismo, el monopolio de la violencia, que preceden y constituyen el régimen político impuesto.

Los que no se someten afrontan la violencia y el Terror monopolistas del Estado, que encarcela, tortura, roba, excluye, amenaza, persigue, amordaza a quienes se atreven a resistir a sus dictados. Los más peligrosos se pasan por las armas, que para eso están y matan efectivamente de forma inmediata y sistemática al primer oponente o al primer paseante que se salte un “control” de carretera. El monopolio absoluto de las armas defensivas y ofensivas, individuales y colectivas, por el poder político, hace institucionalmente inexistente el derecho fundamental e inherente de legítima defensa.

El monopolio de la violencia es, a falta de una oposición de nivel efectivamente estratégico, un logro y un supuesto político de la estructura de dominación del Estado imperialista unitario, fundamento del poder político real. El imperialismo y el fascismo no tienen motivo mayor de preocupación política mientras conserven lo esencial: el monopolio de la violencia y el terror, que les permite resolver cualquier situación a cañonazos, lo que nunca se han privado de hacer.

La violencia y el terror de masas imponen la ley de mármol del dispositivo estratégico y táctico, que fija los límites infranqueables de eventuales reformas y adaptaciones que el imperialismo puede acometer u otorgar. Nunca procederá a una “devolución” total ni parcial del poder político que consiguió monopolizar por la guerra, la represión y el terror entre 1839 y 1937. Sólo los cómplices y colaboradores locales del imperialismo pueden ignorarlo y abrigar ilusiones al respecto.

Obligatorio, voluntario, profesional o mercenario, un ejército colonial es lo que es. No cabe la menor duda sobre su continuada buena disposición para bombardear de nuevo Gernika a la primera ocasión que se le presente, ahogando en sangre toda tentativa insurreccional, con la bendición y el comprensivo apoyo de la “comunidad internacional”.

La represión de los movimientos de liberación nacional por el nacionalismo español y francés ha sido siempre un modelo inigualado para Europa, máximo exponente de la violencia y el terror a ultranza como solución de todos los problemas. Lo ilustraron, entre tantos otros, el coronel Villalba y el general Mola, Delancre y Mendiri, el duque de Alba y el Tribunal de la sangre, la Inquisición, el general Weyler, el nacional-liberalismo y el nacional-socialismo coloniales, el coronel Aymar y la Audiencia Nacional. Es el contenido real de lo que la ideología imperialista llama paz y justicia.

El imperialismo se desarrolla según ciclos políticos e ideológicos que corresponden a la permanencia y a la evolución de la relación de fuerzas. La agresión, la guerra, la ocupación militar, la revolución, el terrorismo, la violencia monopolista institucional y sus efectos inmediatos modifican brutalmente el orden político, estableciendo el régimen totalitario de dominación-indefensión que el nacionalismo imperialista necesita. A las fases de ruptura y ofensiva, de guerra y terrorismo sin ley, eliminada toda oposición política efectiva siguen, a través de los tiempos y al abrigo del monopolio de la violencia y el terrorismo de Estado, fases “de derecho, ordenadas y pacíficas” mediante formas cada vez más adaptadas y

resistentes de estabilización, consolidación y desarrollo de los resultados adquiridos por el poder absoluto. Se potencian así represión terrorista, destrucción racista, lingüística y cultural de la base social del pueblo sojuzgado, economía de explotación y dominación, corrupción y recuperación de la oposición.

Como el predador, asegurada su presa, espera que ésta se agote en esfuerzos vanos antes de sucumbir, el imperialismo en el poder espera a veces la destrucción del adversario en un tiempo que juega a favor del agresor. El imperialismo y el fascismo, que detentan el poder absoluto, esperan que una resistencia política sin resultados se agote y se apague por sí misma.

Cuando la resistencia del pueblo subyugado se prolonga más de lo esperado y la simple represión fracasa en alguna medida, se acompaña con operaciones de apaciguamiento y seducción. Si el pueblo tiene fuerza para ello, ni la pura represión, ni las “concesiones” ni la combinación de una y otras resultan en la desaparición de los movimientos nacionales, cuya determinación puede incluso fortalecerse con ello. Lo que explica el fatal dilema, las dudas, vacilaciones y disensiones del ocupante, cuya ideología nacionalista le hace subestimar la voluntad y la capacidad de los pueblos reputados inferiores que ha subyugado.

Cuando los hechos y la resistencia nacional a la opresión desmienten la visión primitiva y optimista dominante, la indignación y el furor de sus promotores no tienen límites. El imperialismo descubre, cada vez con mayor claridad, que la resistencia política de la nación ocupada no es cuestión de moda, coyuntura o corriente de superficie, sino expresión inseparable de la existencia misma de una nación agredida, ocupada y colonizada. Los pueblos tienen la piel más dura de lo que creen o esperan sus agresores o conquistadores, la apisonadora colonial no es tan rápidamente eficaz como se suponía o se quisiera, las cosas llevan tiempo y, a veces, una brusca o progresiva constatación de insuficiencia, un brote espontáneo o reflejo de inseguridad o impaciencia, abren un nuevo ciclo de decepción, exasperación, odio y furor xenófobos, que desembocan en la nueva ofensiva llamada a acelerar o precipitar la solución final. Estrategas e ideólogos pierden sus ilusiones, se sorprenden y escandalizan de una realidad que no corresponde a sus prejuicios y presupuestos, de las contradicciones, disfunciones e imprevisiones, del aparato represivo, de las muestras de “desafección” y las manifestaciones de resistencia que la opresión y la represión han originado. Adoptan la máscara y las actitudes de víctimas inocentes y pacíficas injustamente tratadas por sus sanguinarios adversarios. El desprecio integral, que se acompañaba con benevolentes sentimientos de piedad, compasión y altruismo hacia las razas y clases inferiores, cuya sumisión y abyección recompensan, se sustituye entonces por la xenofobia en su forma pura, pasión y paradójica forma combativa de reconocimiento del otro. Al ocasional balance voluntarista y triunfalista sucede la sorprendida y exasperada frustración que la constatación de insuficiencia provoca, relanzando el ciclo al alza, en la busca, cada vez más exigente y urgente, de la solución final. La decisión de terminar con la máxima urgencia y de una vez por todas con la resistencia democrática se identifica, sin demora ni prelación, con la liquidación del pueblo mismo, la hidra origen de todos los males y de todas las cabezas cortadas y por cortar.

Nada cambian para el caso la variación y la sucesión de etapas y fases diferentes, la aceleración o deceleración funcionales del proceso, sus inflexiones brutales y sus períodos de consolidación y explotación de las ventajas adquiridas. El orden y el desorden imperial o hegemónico del siglo XXI no son los del equilibrio bipolar y el terror nuclear del XX. Aun en áreas reducidas, el marco “institucional” no es el mismo ahora que bajo el Estado “liberal”. El mundo actual no es el de 1834 y las guerras carlistas, ni el de 1936 y la crisis bélica ascendente, ni siquiera el de 1975 y la crisis institucional del franquismo. Los atentados del siglo XXI no tienen la misma significación y el mismo tratamiento que los del XIX. El totalitarismo integrado e integral de los sucesores y continuadores hipócritas del general Franco no es el mismo arqueo-totalitarismo castrense, residual y mal considerado, de su fundador, cómplice y criatura del Eje.

Pero, ahora como antes, el poder alienígena sólo espera en la explotación de su monopolio de la violencia para destruir totalmente la democracia, la libertad, los derechos fundamentales e inherentes del hombre, el derecho de autodeterminación de los pueblos, primero de los derechos humanos y previa condición de todos los demás.

No son la ocupación y la anexión los que consolidan los imperios y hacen irreversibles sus efectos. Si quiere perpetuar su dominación, evitando la emancipación a plazo de los pueblos y Estados subyugados, el Estado dominante debe aprovechar la ventaja efectiva pero limitada que le da su dominación militar y administrativa para cambiar la base social del país ocupado.

Sólo hay un modo de terminar con la resistencia política de los pueblos, y sus predadores lo saben: acabar cuanto antes con los pueblos mismos por todos los medios que las condiciones y circunstancias permitan. El exterminio, la deportación, la colonización, y la asimilación, conjunta o sucesivamente aplicados, son los más directos, rápidos, completos y seguros para ello. Su selección estratégica depende de los factores de dominación, geografía, demografía, economía, política, cultura e ideología, del momento, la situación y el contexto internacional.

El objetivo, los medios, la estrategia histórica son los mismos, no han cambiado nunca y encuentran la adhesión de la casi totalidad de las fuerzas materiales y espirituales de los Estados ocupantes. Los servicios monopolistas de propaganda, información, desinformación, intoxicación y guerra psicológica, cuya eficacia se encuentra multiplicada por los modernos vehículos mediáticos, mantienen diariamente al rojo vivo el nacionalismo, la xenofobia y el odio de las masas contra los pueblos oprimidos.

El fascismo es hoy la forma terminal, acabada, necesaria e inevitable del nacionalismo imperialista, porque la empresa sistemática de subyugación y liquidación de Estados, pueblos y naciones, que se pretende absoluta, total y final, no puede ya proseguir sin el recurso a las formas totalitarias más perfeccionadas de represión y condicionamiento ideológico de masas. La victoria definitiva del nacionalismo imperialista implica, a veces en tiempo muy breve, la destrucción irreversible e irreparable de Estados y civilizaciones, naciones y razas, culturas y lenguas plurimilenarias.